LA MIRADA Y EL OBJETO
UNA BREVE VISITA DE ERLAND NORDENSKÖLD A LOS YURAKARE DE BOLIVIA

(THE SIGHT AND THE THING A BRIEF VISIT OF ERLAND NORDENSKJÖLD TO THE YURAKARÉ INDIANS OF BOLIVIA)

Daniel J. SANTAMARÍA(*)

RESUMEN

Mientras los pueblos de las selvas sudamericanas pasaban de la oscuridad a la luz, muchos antropólogos estaban tan interesados por conocerlos como por coleccionar sus cosas. Así, las monografías resultantes aumentaron las bibliotecas y los objetos enriquecieron los museos europeos. Nordenskjöld es un paradigma de este reciente período de la investigación antropológica. Los objetos exóticos transportados a un mueble rompieron sus lazos con la realidad, pero dieron a los ojos de los europeos una imagen representativa de los primeros estadios de la civilización. La breve visita de Nordenskjöld al piedemonte andino de Bolivia nos permite proporcionar algunos datos sobre el pasado de una de las tribus menos conocidas de las tierras bajas sudamericanas.

ABSTRACT

Meanwhile the South American forest peoples were trespassing from the darkness to the light, many anthropologist were so interested to know them as to collect their things. So as monographs resulted grew the libraries, the things gave wealth to the European Museums. Nordenskjold is a paradigm of this recent period of the anthropological research. The exotic things transported to a furniture broke their links with reality, but provided to European eyes a representative image of the first stage of civilization. The brief visit of Nordensköld to the Bolivian Andean piedemont allows us to provide some data over the past of one of the less known tribes of South America lowlands.

Durante sólo un día, Erland Nordenskjöld estuvo entre los yurakaré, un pueblo de cazadores, pescadores y horticultores, geográficamente muy dispersos hasta hoy por las estribaciones del pedemonte húmedo al norte de Cochabamba, en la Bolivia Central. En el breve relato que suscitó esta visita fugaz(2) se advierte bien claramente la capacidad de observación del célebre etnógrafo sueco y los motivos más apremiantes de las excursiones científicas de entonces. Aquí queremos contribuir a la casi desconocida historia de los yurakaré, cotejando lo narrado por Nordenskjöld con otros testimonios anteriores y posteriores sobre este pueblo.

LOS ANTECEDENTES

Hasta donde sabemos, el primer español en hacer contacto con los yurakares fue el padre jesuita Joseph del Castillo en 1676(3). Graves inconvenientes hicieron que sólo a fines del XVIII se comenzara a visitarlos más asiduamente y se tuviera de ellos un mejor conocimiento; punto esencial de este proceso fue la apertura, entre 1768 y 1775, del camino a las Yungas de Yuracarés, completándose el segmento entre Chapani y el río Chapare. En 1775, el franciscano Marcos de San José Menéndez alcanza el paraje de Coni, sobre el Chapare, donde en 1776 funda una misión que reúne unos trescientos yurakaré. Muchos de ellos desertarán en 1779. La tenaz negativa de las autoridades coloniales a financiar la actividad misionera en la región lleva a que el último misionero de yurakaré, fray Francisco Bayán, abandone Coni en 1788. Al año siguiente hace contacto con ellos el racionero de la catedral de Santa Cruz, don Andrés del Campo, proponiéndoles formar un pueblo en el Potrero de Santiago, a unas cuatro leguas de la misión de Desposorios de Buena Vista. La Audiencia de Charcas y el gobernador intendente

* Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Jujuy - Otero 262 - CP 4600 - S.S. de Jujuy
Correo Electrónico: ceic@imagine.com.ar

de Cochabamba Francisco de Viedma aprueban la fundación aunque el obispo de Santa Cruz había propuesto trasladarlos a la ya existente. Finalmente, Viedma establece el nuevo pueblo de Asunción de Yuracarés en 1790. En 1791 Francisco Canals redacta un informe sobre la conveniencia del sembrado de coca en el país yurakaré(4) pero muy poco nos dice de ellos. También visitan a los yurakaré en 1796 el misionero franciscano Jiménez Bejarano y el célebre naturalista checo Thaddeus Haenke(5).

En años siguientes, muchos vecinos de Cochabamba y Clisa expanden el cultivo de cocales en esa región: Viedma describe a los yurakaré como *gentes pobres* que van a trabajar a esas plantaciones, atravesando diez leguas de cordillera, en un esfuerzo que a muchos les ocasiona la muerte. En 1803 el misionero franciscano Ramón de Soto redacta un informe sobre la reducción de San José de Vista Alegre, sobre el cual publiqué un artículo en 1990(6); en esa misión, los yurakaré conviven con guaraníes (chiriguanos) expatriados en una particular situación de exogamia limitada.

Después del capítulo que a estos aborígenes les consagra el sabio francés Alcide d'Orbigny, tenemos otros testimonios de gran interés: la obra de Hermann von Holten de 1877(7), algunas referencias en la del padre José Cardús de 1886(8) y en la de Francesco Pierini de 1906(9). Las referencias de Nordenskjöld sobre los yurakaré aparecen en **Indianerleben**, publicada en 1910 y reeditada en 1912, y en **Indianer und Weisse in Nordost-Bolivien**, publicada en Stuttgart en 1911 y reeditada en 1923. Los textos posteriores de Pauly (1928)(10), Wegner (1934)(11), Métraux (1942)(12) y Bairon (1952)(13) no dejan de utilizar las precisas referencias del sabio sueco.

LAS CANOAS

Cuando Nordenskjöld pasa por el país yurakaré, se aloja en una choza ubicada en el río Chimoré, propiedad de un anciano casi ciego llamado Aguirre, que habla, además de su lengua natal, el español y el quichua. Pronto es invitado a una choza vecina, para los cual todos (dice Nordenskjöld: *blancos e indios*) más los víveres y los objetos para intercambiar con sus anfitriones, fueron metidos en una canoa *pequeña y tambaleante*, que por su carga apenas asomaba una pulgada sobre el agua. En estas canoas viajan el timonel y hasta ocho remeros y son capaces de cargar hasta ocho toneladas de mercadería. En efecto, los yurakaré eran expertos navegantes y recorrían grandes tramos de los ríos de su región para venderle no sólo sus productos a los blancos o a otros indios, sino sus propias canoas. Nordenskjöld se asombra de la calidad de estas embarcaciones, si bien sus constructores no reciben mucho por ellas porque los blancos regatean hasta obtenerlas por trescientos o cuatrocientos marcos cada una. Agrega que en toda la región del caucho que separa este país de la frontera brasileña, es decir, en todo el sector norte del Oriente Boliviano afectado entre 1890 y 1914 a la explotación de las siringa, *no hay canoas con tan buen renombre como las de estos indios.*

EL ATUENDO

El viajero se detiene a describir el atuendo indígena. Los hombres usan camisas de corteza golpeada y sus mujeres portan un vestido de corteza semejante y lucen collares de semillas y cuentas de vidrio. Sobre las camisas de corteza de los niños cuelgan plumas multicolores, picos de pájaros y otros elementos de adorno. El vestido tradicional de los yurakaré era, según Haenke, una camiseta o cotón hecho de corteza, sin mangas y que llegaba hasta medio muslo. A fines del siglo XVIII algunos usan camisetas de lienzo de algodón blanco o pardo que tejen sus mujeres y que les llegan hasta los talones. Es evidente que los vestidos de algodón son vestigio de la actividad textil promovida por los misioneros católicos en las dos misiones yurakaré. Hoy, tanto las camisas de hombre (*osoto*) como las de mujer (*buru*) son una especie de vestido entallado de cuello redondo, al que las mujeres añaden una faja en la cintura. Usan medias hasta la pantorrilla y con alguna frecuencia zapatos. En tiempos recientes el traje ha sido muy influido por los usos de los campesinos bolivianos vecinos. Los adornos del pelo y de otras partes del cuerpo son bien numerosos, incluyendo gorros, sombreros, chaquiras, cintas y zarcillos. La pintura facial con achiote (Bixa orellana), de fuerte color rojo, sigue utilizándose sobre todo con fines rituales. Nordenskjöld observó que los varones tienen sus rostros pintados de rojo. Haenke decía que *es costumbre general la de pintarse hombres y mujeres toda la cara, con unas rayas atravesadas de color rojo y negro.*

LA NAVEGACIÓN

Dispuesto a recorrer desde su base selvática los ríos de la zona, Nordenskjöld se embarca en una canoa, bajando el curso del río entre maderos y troncos medio sumergidos, con una orilla alta y cubierta de vegetación y otra, más baja, abundante en pastos. *"Aquí y allá –escribe- descienden lianas hasta la orilla y flotan con la corriente. En la selva no hay sonidos, no hay peces zambulléndose; se ve a los animales bien lejos*

entre el follaje y se presiente la gritería de los monos. Uno se contenta de todo en la naturaleza". Pero no todo es tan agradable: *"la mañana y la noche son frescas, pero cuando el sol de mediodía lanza sus rayos implacables, uno se olvida de todo lo bello de la naturaleza y del interesante grupo de viajeros"*. Hasta los animales del monte se ocultan en sus guaridas y *reina la tranquilidad, caliente e inmóvil*. El sueco se asombra de los violentos aguaceros, rápidos, feroces, potentes. Más de una vez, la correntada empuja rápidamente hacia abajo obligando a los indios a tensas maniobras, evitando troncos y remolinos. Confiesa que hubiera preferido pasar hambre tres días antes que yacer en el bosque sin la protección de un mosquitero. Todas las clases de mosquitos son *abusivas, inoportunas y desvergonzadas*, sólo pican durante la noche y en la espesura persiguen a sus víctimas durante todo el día. No aparecen en los ríos de día, cuando sí merodean numerosas alimañas de distinto tamaño y tipo. La expedición atraca sobre una orilla entre plátanos y troncos caídos. Ya en tierra siguen un sendero muy transitado que cruza la foresta: *un bosque apacible, sobrio, silencioso, rico en árboles enormes y rectos que los yurakaré aprovechan para fabricar sus canoas.*

LOS CULTIVOS

En poco tiempo llegan a superficies de cultivo abandonadas, invadidas por plantas trepadoras, donde encuentran plátanos, papayas, zapallos y regular cantidad de mandioca. También hay batatas, algodón y otras plantas cultivadas por los indios del lugar. El trabajo del suelo en la horticultura yurakaré se divide en dos procesos: la roza y la siembra. Para rozar podan o talan los árboles con cuñas de cortar o machetes, encienden el fuego y luego escardan. Siembran a palo y riegan mediante el procedimiento de atajar el agua y canalizarla con baluartes de tierra. Entre estos predios de cultivo asoman restos de casas quemadas. Así es el lugar donde vive su anfitrión Aguirre: *cuando murió mi mujer –le dice a Nordenskjöld- fue enterrada aquí en la choza. Entonces quemé la casa y me mudé.* Esta costumbre de incendiar la casa donde alguien ha muerto y mudarse lejos, construyendo una choza nueva y habilitando nuevos cultivos, está bastante expandida entre los grupos aborígenes de las selvas del pedemonte boliviano. Parece constituir el motivo principal de la fuerte disgregación de los núcleos indígenas. Nordenskjöld se sorprende de que las cosechas abandonadas o perdidas en su antigua residencia "no parecen preocuparlos". La costumbre predomina sobre el inmediato interés económico. En todas partes uno tropieza con restos de estos asentamientos caídos e invadidos por la hierba. El grupo expedicionario llega por fin a grandes campos bien plantados donde "manos laboriosas habían transformado la tierra en cultivable y donde nos atraían los amarillentos frutos de las bananas, los ricos ananás y las papayas. Encuentran allí dos chozas "bellamente construidas", donde todo es "lindo y prolijo, limpio y aseado" y donde un hombre convive con sus parientes más cercanos.

OBJETOS PARA EL MUSEO: MÉTODO DE RECOLECCIÓN

Mientras Nordenskjöld recorre estos cambos silenciosos, aprovecha una ocasional soledad de su grupo expedicionario para recoger una serie de objetos abandonados, en una actitud que califica irónicamente como "robo". Reconoce que no debían haber hecho esto, *porque cuando llegamos al río con lo bienes robados se llenó la canoa imprudentemente con agua y perdimos todo lo robado y todavía más cosas.* La irónica confesión del explorador alude a la típica avidez de los antropólogos de su época por coleccionar objetos exóticos destinados a las vitrinas de los museos. La descripción de una cultura aborigen, y del mismo modo la de las viejas sociedades europeas, se asociaba estrechamente en esa época con el inventario de sus útiles. De modo análogo, los museos botánicos exhibían en sus herbarios restos disecados de vegetales y los jardines zoológicos mostraban animales enjaulados. Se esperaba que la apetencia de conocimiento de los visitantes quedara satisfecha con la observación minuciosa de las formas, comprendiendo que la *naturaleza en acción* era imposible de ser vista *in situ* o que, en todo caso, esto no resultaba necesario a los fines del conocimiento. No se comprendía entonces del todo que los objetos, tanto como las formas vivas, sólo adquieren plena significación cuando se los observa funcionando en su contexto. Nuestras ideas han cambiado y podemos ver estas cuestiones desde otros puntos de vista. Lamentablemente, muchos museos siguen exhibiendo las ideas predominantes hace un siglo. Las anotaciones de Nordenskjöld constituyen, sin embargo, una interesante advertencia sobre cambios necesarios de la metodología etnológica que sólo iban a imponerse mucho más adelante.

LOS CASERÍOS DISPERSOS

Al revés de otros pueblos visitados por Nordenskjöld, los yurakaré no viven en pueblos, sino en pequeños agrupamientos de sólo dos o tres familias. Amantes de la soledad, los intentos por reunirlos en

misiones habían fracasado, tanto en el siglo XVIII como en el XIX. A fines del XVIII el naturalista Thäddeus Haenke describía así esta disgregación de los núcleos familiares: *esta nación es poco numerosa y vive muy esparcida por familias en los montes que se extienden al pie de la última serranía, que desde la misión de la Asunción sigue hasta la misión de San Carlos, en las inmediaciones de Santa Cruz*(14). También d'Orbigny se asombró del *extremo individualismo* que llevaba a los yurakaré a aislarse en familias y de los flojos vínculos que ligaban a los individuos en su seno, sin respeto mutuo ni subordinación alguna. Se separan del hogar materno al casarse, instalándose en un rincón aislado que mediatiza al máximo su relación filial(15). La cita de Haenke sobre que se casan con cuantas mujeres puedan mantener(16), sin embargo, no aparece confirmada ni por d'Orbigny ni por Nordenskjöld.

OBJETOS PARA EL MUSEO: MÉTODO DE NEGOCIACIÓN

Aunque los yurakaré esperan a los exploradores, nadie interrumpe su labor en los huertos; cuando llegan, les ofrecen bananas y ananás, todos se sientan sobre un leño y comen a gusto. Del techo de las chozas cuelgan muchos canastos donde los varones guardan sus objetos de valor; los cuadrados llaman la atención del coleccionista. Las mujeres conservan sus bienes en bolsas de corteza. Sobre los estantes reposan los arcos, las flechas y los remos. Algunos recipientes de cerámica no decorada descansan sobre el piso, junto a numerosas vasijas de madera. En **La potière jalouse** (1985), Claude Lévi-Strauss señala que entre los yurakaré, la fabricación de cerámica, labor estrictamente femenina, está rodeada de misterio: comienza con la búsqueda de arcilla en la época no destinada a la cosecha. Por temor al trueno, construyen una choza apartada de las miradas de los hombres. En completo silencio, las mujeres se comunican entre sí sólo con signos porque si pronuncian una sola palabra las vasijas se quebrarían durante la cocción; si no se alejan de sus maridos, todos los enfermos morirían(17).

En la cerámica más grande, que casi tiene el tamaño de una canoa, fermenta la cerveza de mandioca. Nordenskjöld comprende que esta bebida desempeña un papel importante, ya que los nativos emprenden largas excursiones a otros caseríos sólo para beber y conversar. En todas las viviendas conservan monos y aves del bosque, que son amigos inseparables y compañeros de juegos de los niños. Un pequeño mono nocturno, asustado, permanece trepado en un ángulo; un ararà rojiazul se apoya en el techo. En otro ángulo de la choza dos niñas sordomudas cooperan con una vieja, también sordomuda, para mover una cuna de corteza, donde duerme un bebé. El resto de la gente se agolpa en torno del hombre blanco, ardiendo de infantil curiosidad por examinar el contenido del equipaje. En esta zona han tenido tratos con blancos, que suelen visitar a los yurakaré para intercambiar cosas. Nordenskjöld se ve a sí mismo abriendo su valija *como un encantador* para mostrar sus efectos de cambio, pero pronto advierte que así arruina toda posibilidad. Las camisas de corteza se cambian por rojas camisas de algodón de Manchester. Mientras tanto, un compañero de Nordenskjöld revuelve los canastos yurakaré y las bolsas llenas de adornos, plumas, semillas recortadas, figurillas de animales hechas con dientes de cocodrilo y *todo lo que atrae al coleccionista*. Algunos de esos efectos son absolutamente inusuales: tarugos de madera recortados y calados que estampan en sus ropas de corteza, por ejemplo.

Como suele ocurrir con los grupos aborígenes que menos contacto tienen con el blanco, los instrumentos de acero son los más apreciados: *las hachas de acero sueco y los cuchillos de monte no los entrego fácilmente,* porque con ellos el etnógrafo *logra cosas valiosas de las que uno presta pero no regala, atrayendo al otro.* En el complicado proceso de canje, fuente nutricia de las vitrinas lejanas, aparecen bienes familiares, plantas de hueso finamente decoradas, pipas de madera, verdaderas obras de arte en miniatura. Momentos antes, todo eso estaba escondido a sus ojos. Mientras los varones se desprenden rápidamente de lo suyo, las mujeres oponen una mayor reticencia al momento de separarse de sus adornos. Una de ellas se resiste a ceder su colgante de plumas rojas de tucán combinadas con semillas negras recortadas. Ese objeto la llena de orgullo y no es negociable. Los niños entregan sus juguetes por espejitos. Pero en ningún caso, un indígena se deja convencer de cambiar algo que no le es propio, cualquiera sea el valor objetivo. Ni siquiera un vulgar pedacito de arcilla procedente del alto Chimoré, resto inútil de la fabricación de una olla. Volvamos aquí a la cita de Lévi-Strauss y al valor cultural femenino que tiene la cerámica y todo lo vinculado con ella. Como la propietaria del resto está ausente, no hay modo alguno de que un varón lo ceda. Los expedicionarios pasan algunas horas en esas chozas, *enriqueciendo nuestras colecciones con diferentes e interesantes objetos*. Al atardecer, se prepara el regreso a la casa de Aguirre. Se marchan prometiendo regresar.

AGUIRRE O LA IRA DE LOS SALVAJES

Ahora todos reman río arriba muy lentamente, mientras miríadas de luciérnagas los iluminan. Los grillos cantan y la noche tropical es caliente y espectacular. Repitiendo el mismo camino, llegan a la base ya de noche. Aguirre mismo va sentado en la proa del bote. Nordenskjöld lo califica de "bueno y amable", habiendo pasado varias noches en su casa, *más tranquilo quizás de lo que tendría que haber estado, ya que sabía que dormía en la casa de alguien que había cometido un horrible crimen.* Tiempo atrás, un inglés ilustrado había vivido varios años con Aguirre y su grupo, hasta que un día, y por razones desconocidas, el huésped fue asesinado por todos lenta y cruelmente. La noticia de este crimen lleva a que, hacia el final del artículo comentado, Nordenskjöld escriba que *estos seres naturales, que se le presentan a uno como niños grandes, pueden no obstante, desarrollar una crueldad inexplicable. También aquí en el bosque, el hombre se enfrenta a sus contradicciones.* Dos conceptos interesantes y bien clásicos se reúnen en este breve párrafo: el de *Naturvölker*, los hombres que viven de acuerdo con la naturaleza y por lo tanto lejanos de la civilización, que se considera como una transformación positiva de aquélla, y por lo tanto una oposición, concepto propio de la antropología alemana del XIX, y el del indio-niño, propio de las concepciones etnológicas de los siglos XVI y XVII, sobre todo entre los jesuitas(18). Nordenskjöld y Aguirre conversan hasta tarde, sentados junto al fuego, sobre el modo por el cuál los temibles chimanes del norte embrujan a los yurakaré, de la misión que está río arriba, de la invasión de los blancos y de muchos otros temas. En vano, trata de convencer a Aguirre de que le presente a los miembros de su grupo que viven *totalmente salvajes*, recluidos en las profundidades de la selva donde nunca entra el blanco, donde sólo el indio sabe circular entre los pantanos. Aguirre no quiere traicionar a su grupo, aunque Nordenskjöld procura persuadirlo con regalos. Le promete no decir nunca delante de un blanco lo que vea u oiga. Pero Aguirre sigue firme en su negativa. Finalmente se marchan a descansar. La tenaz negativa de Aguirre se explica por la diferencia progresiva en los hábitos de vida, la economía y la cultura en general entre los yurakaré misionados desde la tercera mitad del XVIII y los que nunca recibieron a misioneros. Si bien la evangelización sufre duros reveses durante el XIX, la impronta misionera queda más o menos firme en los pueblos yurakaré misionados. Unos y otros se miran con desconfianza y hay indicios de repetidas hostilidades. Aguirre no quiere exhibir a estos parientes salvajes, porque no desea que Nordenskjöld los considere una unidad. Pero además teme concretamente encontrarse con ellos. El saldo final de esta jornada entre los yurakaré acumula una interesante colección de un centenar de objetos, que –según Nordenskjöld- *serán testimonio en otras partes del mundo de la lucha por existir y del sentido artístico del indio.* El sabio está seguro de que nunca olvidará a este pueblo que cultiva y caza en las selvas vírgenes del río Chimoré.

AGRADECIMIENTO

Mi agradecimiento a la Doctora Alicia Fernández Distel por la traducción del alemán del texto de Nordenskjöld al que alude esta nota.

NOTAS

1) Doctor en Historia, Investigador Independiente del CONICET y Titular de Etnohistoria en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy.
2) "Ein Tag bei den Yuracare-Indianern", *Etnología Boliviana*, 3, pp. 394-400, Berlín, 1916.
3) Su "Relación de la provincia de Mojos" fue incluida en los Documentos para la Historia Geográfica de la República de Bolivia editados por Manuel Vicente Ballivián en La Paz, 1906. El texto del padre José está en el tomo I de la primera serie.
4) Archivo Histórico de Tucumán, H-57-1452.
5) La obra de Thäddeus Haenke ha sido publicada por Guillermo Ovando-Sanz con el título Su Obra en los Andes y la Selva Boliviana, Biblioteca IV Centenario (Nº 15), Editorial Los Amigos del Libro, La Paz-Cochabamba, 1974. En esta compilación se incluyen dos investigaciones de Haenke fundamentales para el conocimiento del ámbito yurakaré: "Descripción geográfica, física e histórica de las montañas habitadas por la nación de indios yurakaré" y "La misión del Coni en yurakaré".
6) Daniel Santamaría, "Estructuras de doble filiación en situaciones de convivencia multiétnica: el caso de la misión de San José de Vista Alegre, Bolivia", *Andes*, 2-3, Salta, 1990-1991, pp. 85-92.
7) "Das Land der Yurukarer und dessen Bewohner", *Zeitschrift für Ethnologie*, 9, pp. 105-115, 1877.
8) José Cardús, Las misiones franciscanas entre los infieles de Bolivia, Barcelona, 1886.
9) Francesco Pierini, "Dos asuntos de actualidad en Bolivia", Buenos Aires, 1907.

10) Antonio Pauly, Ensayo de etnografía americana. Viajes y exploraciones, Buenos Aires, 1928.
11) Richard von Wegner, Indianer-Rassen und vergangene Kulturen. Betrachtungen zur Volksentwicklung auf einer Forschungreise durch Süd- und Mittelamerika, Stuttgart, 1934.
12) Alfred Métraux, "The native tribes of Eastern Bolivia and Western Mato Grosso", Bulletin of the Bureau of American Ethnology, 134, Washington.
13) Max A. Bairon, "La educación indígena en las selvas de Bolivia", América Indígena, 12,pp. 141-147, México, 1952.
14) Haenke, "Descripción geográfica...", p. 154.
15) Voyage pour l'Amérique Méridionale, París, 1839, tomo IV, pp. 163-166.
16) Haenke, "descripción geográfica..." p. 155.
17) Claude Lévi-Strauss, La Alfarera Celosa, Barcelona, 1986, pp. 31-32.
18) Daniel J. Santamaría, Del Tabaco al Incienso. Reducción y conversión en las misiones jesuitas de las selvas sudamericanas, CEIC, Jujuy, 1994.